

Roberto Fragomeno

El Kant de Roberto Murillo

1

En un primer punto quisiera referirme al análisis que ofrece Murillo de Kant en su obra *La forma y la diferencia* y que denomina “Kant, geógrafo de la razón”.

Murillo se hace cargo y actualiza una obviedad que había estado opacada por el kantismo de Marburgo y que consiste en preguntarse ¿para qué y por qué está allí la imaginación? Se trata del problema de la conjunción entre lo sensible y lo conceptual. La homogeneización de los planos empírico y categorial. Y aquí, Murillo descubre, como lo hace todo buen lector de Kant, que esa homogeneización no puede ser completa. Que no todo lo reunido en la sensibilidad pasa al entendimiento, porque si todo fuese categorizable se anularía nuestra sensibilidad.

Con esto, Murillo logra mostrar la debilidad de un kantismo que reconduciría a Kant al racionalismo cientificista, y señala (correctamente a mi entender) que Kant no quiere establecerse ni sobre el principio de una cosa en sí dada, ni sobre el principio único de un yo creador:

...ya la posibilidad misma de una epistemología a priori, de una crítica de la razón que se mueve en un piso superior al de la geometría y al de la física, sin manifiesta intersección entre ambos planos, nos hace ver cuan alejado se halla Kant del positivismo ulterior.¹

El expediente que utiliza Murillo es, si se me permite, “el expediente Platón”. Y el énfasis que el filósofo costarricense otorga al espacio. Aquí Murillo se ve obligado a dejar en la penumbra el importante aspecto de que cuando las categorías se esquematizan se temporalizan porque

los fenómenos se dan en el tiempo. Pero, a mi entender, este se debe a que Murillo lee a Kant con los ojos de un filósofo del arte y no con los de un epistemólogo. Por eso, Kant es más “geógrafo” que juez.

Esta prioridad otorgada al espacio se hace a pesar de Kant:

Volveremos sobre este tema en el segundo capítulo, donde intentaremos representar la prioridad del espacio sobre el tiempo, a pesar de la casi identificación kantiana entre el tiempo y el esquematismo de la imaginación.²

2

Pero, siguiendo a Murillo, quiero señalar un segundo aspecto. Nuestro filósofo ofrece una rica reflexión sobre los “abismos” del espíritu en Kant. A Murillo le sirve para establecer que el espacio (y, por ende, la belleza) es aquello que todo lo unifica y que en la belleza se hermanan verdad y bondad.

Le interesan los caminos abisales del espíritu que se trifurca: saber de la verdad; voluntad del bien y sentir de la belleza se corresponden, en el pensamiento kantiano, con la legislación del entendimiento; el imperativo de la razón y el juicio de gusto como facultades básicamente independientes.

Pero este organismo ofrece una imagen nítida de los divorcios del espíritu en la modernidad y que Murillo llama, siguiendo a Maimón, “abismos”, o fiel a su platonismo “caverna kantiana”.

Por ello, Murillo realiza una riesgosa operación que ya no sería kantiana: pasa de la subjetividad trascendental a la primacía del espacio y,

con este paso, va de la interpretación especulativa a la interpretación poética de la subjetividad.

Murillo olvida una diferencia fundamental: en Platón la luz es exterior. En Kant es el sujeto mismo el portador de la luz. Así nada más alejado a la imagen de la caverna platónica que Kant, pues en éste el conocimiento empieza por la experiencia pero va de adentro hacia fuera. Pero Murillo se empeña en querer volcar un vino nuevo (la subjetividad) en un odre viejo (el platonismo).

Por eso no creo que haya dos cavernas. La luz kantiana no inhabilita al sujeto para capturar lo real pues no se refiere a los contenidos de la experiencia, sino a las formas. En Kant no podemos prever que tipo de cualidades tendrá el próximo objeto que se presente en el campo de la experiencia, pero sí y de manera estrictamente necesaria, que tendrá alguna cualidad o alguna causa, que percibiré a condición de espacializar y temporalizar mis experiencias.

3

Quisiera concluir este breve comentario señalando que el Kant de Murillo es un Kant que se declina hacia la disposición estética que, siempre subjetiva, no ofrece conocimiento alguno pero que, sin ella, no habría conocimiento.

A Murillo no le interesa lo epistemológico (aunque si lo verdadero), sino esa clase de ideas que dan que pensar y que, en Kant, se ponen en continuidad con la moral porque, de lo contrario,

el “reino de dios sobre la tierra” sería un desvarío. Pero Murillo busca en la *Crítica de la razón pura* lo que hubiera encontrado en la *Crítica de la facultad de juzgar*.

El Kant de Murillo es “con Platón” cuando está preocupado por la perfección de la cosa (que Kant llamó “finalidad interna”). El juicio puede ser desinteresado pero la cosa es interesante. Así, la estética puede despertar simbólicamente interés por la moralidad, cosa que Murillo no considera.

Pero, “contra Platón”, hay una estética que singulariza al sujeto, sea de los objetos, sea de otros sujetos.

Por otra parte “con Platón”, la dialéctica (que Murillo llama “el círculo”) en Kant es formalmente una lógica de la investigación científica: sus conclusiones apuntan a la validez de los conceptos y principios que rigen la función silogística como reguladores de la experiencia.

Pero “contra Platón”, la dialéctica kantiana, es una lógica de la ilusión. El desenmascaramiento de las ilusiones materiales, positivas de la metafísica respecto de un conocimiento trascendente. Pero justamente es a la metafísica a lo que Murillo no quiere renunciar.

Notas

1. Murillo, Roberto. *La forma y la diferencia*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1987, p. 56.
2. *Ibid*, p. 81.